



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

ORO, SANGRE Y LÁGRIMAS

TERCERA PARTE

LA NOCHE DE LA MI-CARÊME

I

LA CAZA Á LOS DOMINÓS

Hace ya muchos años, en tiempo de uno de los últimos directores de la Opera, las puertas de este teatro, en las noches de baile de máscaras, no se abrían hasta muy cerca de las doce, para el gran público, se entiende, para el que iba dispuesto á divertirse y pagaba con largueza ese derecho. Sin embargo, dos horas antes, á partir de las diez, la puerta lateral recayente á la calle de Halevy daba entrada á cierto público especialísimo, compuesto de mascarones de dudoso gusto, público que en realidad no era más que una turba soez y canalla por costumbre, á la que se admitía gratis en la sala con objeto de que la animase con sus gestos mecánicos, con sus danzas grotescas, con su impuesta y aun pagada alegría. Era, en una palabra, el público vergonzante encargado de divertir al público pagano; la turbamulta abigarrada, policroma y anónima, prodigiosamente sorprendida en

el ejercicio de sus poco nobles funciones por el lápiz inmortal de Gavarni. Sin ella, sin sus gritos, sin sus astracanadas, sin sus locas cabriolas, la inmensa sala de la Opera habría resultado triste, tristísima, no obstante la profusión de las luces y el brillo de los áureos artesanados y la nota alegre de las pinturas que completan su artística decoración.

El día aquel hubo de transcurrir triste, á causa del tiempo, que estuvo cubierto y lluvioso. De ahí que los directores de la Opera augurasen, con el natural disgusto, una entrada floja para el baile de aquella noche. Pero se equivocaron en sus augurios los directores: mejoró el tiempo notablemente, y ya en las primeras horas de la noche de aquella Mi-Carême de 1889, hubo de parecerles que la entrada sería por el contrario brillantísima, si no precisamente por la calidad, por la cantidad al menos de concurrentes á la fiesta.

En efecto, por la puerta lateral de la calle de Scribe iban llegando por parejas primero, luego por grupos, y más tarde por compañías, todas las alegres muchachas que forman en las filas de los regimientos de Venus Citera. Cierta que una de ellas, y de las más conocidas, había sido horriblemente degollada la noche antes, á dos pasos de la Opera, allí mismo, como quien dice, en uno de los cuartos del Gran-Hotel. Pero es preciso vivir; y como para las mujeres de esa clase, los medios de vida se encuentran en aquellos sitios en donde hay alegría y holgorio, y gente que se divierte y hombres que gastan, allá entraban al baile, esforzándose por olvidar el asesinato de su compañera y el terror que el cruento suceso les inspirara.

Escasa era aún la concurrencia, y sin embargo ¡qué llena de vida aparecía la sala, gracias al lujo deslumbrador del mueblaje, al oro derramado á profusión en los antepechos de los palcos, al derroche de luz, que llegaba radiante á todos los rincones del teatro, después de quebrarse una y mil veces en la labrada cristalería de las arañas suntuosas!

Fuera, en la calle, ocupando las aceras junto á las puertas laterales del teatro, apiñándose en la gradería que conduce á la principal, multitud alegre, insensible

al parecer á la humedad y al frío, contemplaba la entrada de los privilegiados comentándolo todo, trajes, disfraces, actitudes, con el gracejo anónimo que brota espontáneamente de labios desconocidos en las grandes aglomeraciones. Cada vez que una puerta se entreabría, algunos de aquellos pobres diablos lograban ver parte de la escalera monumental, iluminada con brillantez, semejante á la de un palacio de hadas, y adornada á uno y otro lado con plantas exóticas, vegetales desterrados que, no obstante el calor de nuestros invernaderos, parece como si sintieran la nostalgia del sol alegre y brillante que los acarició con sus rayos allá en el lejano país en que nacieran.

— Eso que ven ustedes allí — decía una ramilletera á sus vecinos y compañeros de plantón, — es el saloncillo de las bailarinas.

— ¡Qué disparate, señora! — replicó la voz burlona de un carnicero. — Eso es un corredor, ni más ni menos.

— Le digo á usted que es el saloncillo de las bailarinas.

— Y yo repito que es un corredor.

— ¡Paleto!

— ¡Adiós, tú, princesa!

Y así, entre amenidades, empujones, denuestos, chicleos é insultos, pasaban el rato los mirones, viendo entrar en el templo de Talia á los privilegiados de la fortuna: á los que, más que ellos dichosos, disponíanse á emplear el tiempo en embromar, en amar, en calumniarse mutuamente, en todo en fin, menos en ser naturales y sinceros.

A cosa de las dos de la madrugada el tablado móvil de la sala Garnier, como los parisienses llaman á la Opera, temblaba bajo el frenético galopar de infinidad de parejas lanzadas en infernal cuadrilla, á los acordes de una orquesta de ciento veinte ejecutantes dirigida por la prestigiosa batuta del maestro Arban.

En la ola formidable de danzantes figuraba todo ese mundo abigarrado que se apiña y codea y estruja en los bailes de máscara para divertirse á costa de no pocos sinsabores, y que, sin embargo, tiene aún ánimos para

gritar, correr, empujarse, y bromear, con mesura ó sin ella, con gracia ó estúpidamente, de este último modo en la mayor parte de los casos.

Oficialillos recién salidos de la academia, empleados modestos, horteras y estudiantes danzaban como peones, como si no debieran volver á bailar en su vida, llevando como parejas á casaditas escapadas momentáneamente del hogar modesto de sus maridos, á modistillas y costureras, y á muchachas más ó menos fáciles y hospitalarias, aunque sin hallarse oficialmente enganchadas en los batallones de Venus.

En cambio otros, los que afectaban respetarse á sí mismos, como criados de buenas casas, bulevarderos, horizontales notorias, periodistas y escritoras del montón anónimo femenino paseaban gravemente sus fracs ó sus trajes de soirée, ó bromeaban embromando al amparo de un dominó protector.

De los primeros en llegar á la fiesta fueron los criados del marqués Trogoff de Kerbiroet. Su cuadrilla habíase aumentado en dos unidades y disminuído en una. A ella hubieron de sumarse en efecto, sin duda por aquello de que Dios los cria y ellos se juntan, el señor Cherry-Cobler, magnífico ayuda de cámara de la baronesa de Lampessadas, mujer de peso, de mucho peso, y el joven Celestino Carabuey, groom del conde de Corpo-Santo. En cambio faltaba el cochero que aquella misma tarde se disfrazara de postillón, porque las obligaciones de su cargo le obligaron á regresar con el carruaje á las cocheras.

Pedro, el ayuda de cámara del marqués Trogoff, un tanto alterado por los excelentes vinos absorbidos en el decurso de la comida pantagruélica á que asistiera antes de ir al baile, deshonraba lamentablemente su traje de Luis XIV, y olvidábase de su pareja, la camarera Claudina, con la misma real indiferencia con que el rey sol abandonaba dos siglos antes á sus queridas más ó menos aristocráticas. ¿Y saben ustedes para qué? Pues para embromar, á su modo, á las máscaras cubiertas con dominó, pisoteándoles ó desgarrándoles este, y diciendo á todas, invariablemente, la misma estúpida frase.

— ¡ Te conozco!

Y tan regocijado y selecto capricho habíale ya valido unas cuantas bofetadas, y alguna que otra risa guasona que le soltaran en las narices.

En cambio el cocinero del propio marqués mostrábase por su parte atento con su pareja, la camarera Pauleta, dando palmarias pruebas de ser un enamorado serio y de costumbres relativamente morigeradas.

Celestino Carabuey llevaba un frac demasiado largo para él, como si se hubiera propuesto emparejar con Cherry-Cobler á quien su frac en cambio estaba demasiado corto, tal vez porque el difunto debió haber sido más chico. Ambos habíanse repartido equitativamente las dos damas vacantes en la cuadrilla, quedándose el pequeño Carabuey con la lava-platos disfrazada de dios Amor, y el magnífico Cherry-Cobler con la no menos magnífica costurera de blanco disfrazada de respetable dueña quintañona. Como se ve, la única en realidad algo abandonada resultaba ser la pobre Claudina, precisamente la que inventara el medio de ir á aquel baile.

La multitud, cambiante y heterogénea, se agitaba con locas cabriolas en torno de esa cuadrilla de criados.

Los más tímidos entre los concurrentes procuraban mendigar vergonzantemente alguna conquista fácil, cosechando no pocas burlonas carcajadas tras largo derroche de cumplidos estúpidos y piropos sin pizca de sal. Por su parte los provinciales, positivos como ellos solos, hacían bastante ruido y para asegurar una victoria, no atacaban más que á las muchachas feas ó á las mujeres de edad madura. Algunos audaces ofrecían su corazón. Otros, expertos, seleccionaban, escogiendo sólo después de haber visto lo que había bajo los antifaces. Y no faltaban por último bromistas que convidaban á cenar á las máscaras, diciéndoles : « Ahí va mi tarjeta : en el intermedio pregunta por mí en el restaurant. » Y la tarjeta era la de un amigo.

Amar y comer. Tal era el tema de todas las conversaciones, cortas y largas. La atmósfera parecía hallarse saturada de efluvios amorosos. Cada hombre creíase un don Juan : cada mujer una doña Elvira.

El baile resultaba aquella noche tanto más brillante, bajo el punto de vista de la numerosa concurrencia,

cuanto que ninguno otro se celebraba en el centro de París que pudiese restarle concurrentes. El Eden estaba cerrado, y el Moulin-Rouge en construcción. Habíase hablado, sí, de dar un baile en las Montañas Rusas, que ocupaban el sitio en que estuvo el Olimpia, pero la cosa no pasó de conversación de puerta de tierra. Así pues, para encontrar aquella noche otro sitio en que estuviese permitida la desarticulación de los miembros, hubiera sido necesario subir hasta las alturas de Montmartre ó emprender un viaje kilométrico hasta las cercanías del Observatorio.

De ahí que el de la ópera fuera lo que se llama un entradón. La sala estaba llena, rebotantes los corredores, negras de gente las escaleras, y en el café los concurrentes sentábanse unos encima de otros, lo cual es también un modo de divertirse como otro cualquiera. París entero, el París alegre y despreocupado, habíase lanzado de cabeza allí donde el placer bullía y se agitaba, y apenas si al pasar junto al gran Hotel se dignó acordarse de que en uno de sus cuartos había sido degollada una mujer la noche antes. En el salón de descanso, demasiado estrecho, y en el antecorredor, donde tocaba la orquesta de Bronsted, resultaba casi imposible el moverse.

La atmósfera era pesada, húmeda; respirábase el acre olor de los perfumes y el polvillo desprendido de los desnudos hombros de las mujeres. La muchedumbre, compacta, ondulaba como le era posible, produciendo un ruido confuso en el que se fundían las carcajadas, los acordes de la música, los gritos de las mujeres y el zumbido de colmena en delirio resultante de tantas conversaciones sostenidas al mismo tiempo.

Cuando mayores eran las apreturas, dos caballeros, vestidos de frac, procuraban abrirse paso en esa meseta del primer piso que conduce á la escalera principal y que se conoce con el nombre de *purgatorio*, tanto porque da acceso al fingido paraíso de la sala, cuanto porque las mujeres que van solas pasan en ella todas las penas del purgatorio. Era visible que aquellos sujetos buscaban á alguno ó algunos compañeros, perdidos de vista momentáneamente.

— Una baronesa tiene la culpa de que nos hayamos extraviado, — decía uno de ellos. — ¡ *Four in hand!* querido Jaffary. Teníamos que custodiar cuatro, nada menos que cuatro, y nos hemos quedado sin ninguna... ¡ Así le de un torozón á la muy cursi! Me refiero á la baronesa « sabe usted » ¡ *goddam!*

Jaffary, el protegido de la vizcondesa de Aubinesco, de puntillas, procuraba ver algo por encima de las cabezas de cuantas personas le rodeaban.

— No se burle usted demasiado de ella, amigo Mercœur, — dijo á su interlocutor. — Es una desdichada, y su monomanía resulta excusable, pues al fin y al cabo busca á su hijo.

— Sí, medio siglo después de haberlo abandonado; confiese usted, *my dear*, que es algo tarde... ¡ Pero dónde demonios se han metido?... ¡ *Devil!* Apostaría á que ese diablillo de Edmée les ha propuesto esconderse para hacernos rabiarse un rato... Es muy capaz de ello.

— El caso es que yo las veía hace un momento, — murmuró el estudiante.

— ¡ *Indeed!* Pero ese mozo disfrazado de Bajá de Janina se interpuso entre ellas y nosotros... ¡ No ha reparado usted que parecía querer acercarse á nuestras mujeres?

Jaffary inclinóse y murmuró al oído de su compañero :

— Es el conde.

Mercœur se detuvo un instante, tratando de investigar si su interlocutor hablaba ó no en serio.

— Sospecho que los celos le hacen á usted ver visiones, *friend*, — dijo al fin, tomando familiarmente su brazo. — Que no pueda usted ver á Corpo-Santo, cuya llegada ha dado al traste con las pocas esperanzas que le quedaban á usted de ser esposo de Yvona de Eparville, cosa es que está muy puesta en razón; *to be or not to be*. Pero, ¿ es el conde un conde verdadero? Digo esto porque un verdadero conde, que lo sea de raza, de abolengo, no se disfrazará nunca para venir aquí, como lo ha hecho ese señor.

— Todo lo que usted quiera, pero es él; si, es él, — balbuceó el estudiante como hablándose á sí mismo. — Motivos tengo para reconocerle entre mil.

— Pues si realmente es él, si ha cometido la falta de disfrazarse para venir al baile, permítame usted que le asegure que Corpo-Santo es tan conde como usted y como yo; *that is the question*.

— Que tenga ó no tenga título, que sepa ó no sepa usarlo, — repuso Jaffary á media voz, ese hombre no será nunca esposo de Yvona.

— ¿Qué me dice usted? ¿Y quién ha de impedir tal matrimonio?

— Yo.

— ¡Tan orgullosa como está la vizcondesa con su futuro sobrino!...

— Yo lo mataré.

— ¿A quién, á Corpo-Santo? ¡God! ¿Y cómo se las va usted á arreglar? Porque sospecho que ese hombre, que en concepto mío no es más que un aventurero, debe ser fuerte en el manejo de las armas.

— Nada ni nadie me impide llegar á ser tan fuerte como él.

Entusiasmado el clubman por la decidida actitud de su amigo, dijo á éste alegremente:

— ¡*Struggle for passion!* Bueno, pues ya que se siente usted héroe, voy á darle un buen consejo. Tome usted á Edmée como profesor de armas.

— Advierto á usted que hablo en serio, amigo Mercœur.

— Y en serio le aconsejo yo, ¡*goddam!* Sepa usted, y hablo por experiencia personal, que la hermana de Amy, en eso de las armas, da quince y raya al mismísimo Caín... ¡Usted no sabe! Esa chica es un fenómeno con la espada ó el florete en la mano.

En este punto le interrumpió Jaffary.

— Vea usted allí...

Hablando lo que apuntado queda ambos amigos habían continuado abriéndose paso entre la multitud y acababan de entrar en el salón de descanso por la puerta que se encuentra al lado del café.

La mirada de Jorge de Mercœur siguió la dirección indicada por el índice de su compañero.

— ¡Otra vez el bajá! — murmuró. — Pero no ha conservado de su primer disfraz más que la careta.

— Es el conde; — repitió el estudiante convencido. — Hablando está con nuestras mujeres.

Hubo de levantarse el clubman sobre la punta de los pies, porque aquellos á quienes quería ver se hallaban al otro extremo del salón, junto á la chimenea rematada por un vaso en mármol blanco, y el continuo flotar de las cabezas le impedía distinguirlos.

La persona designada por Jaffary hablaba en efecto con cuatro mujeres cubiertas de dominós de seda, azules dos de ellos, rosa los otros dos.

Era sin duda alguna un buen mozo, de airosa pres-tanza, que parecía sonreír en aquel momento bajo el rojo terciopelo del antifaz.

Vestía un extraño traje que con seguridad nadie había visto hasta entonces en los bailes de la Opera. Componíase de pantalón ceñido, de piel, con medias-botas, chaqueta roja con botones de nácar, abierta sobre una especie de chaleco cerrado de piel semejante al pantalón, y sombrero de anchas alas.

De las mujeres, las dos que vestían dominós azules eran altas, esbeltas y de irreprochable elegancia; una de las del dominó rosa, menos alta que sus compañeras, parecía delicada y graciosa, mientras que la cuarta era sin duda una mujer pequeña y gruesa, sin grandes atractivos, visibles por lo menos.

— Allí los tenemos á todos, él y ellas, — dijo el estudiante. — Conque no perdamos tiempo... Créame usted, si quiere, pero lo cierto es que yo no vivo desde anoche; tengo miedo por ella... Ese hombre me hace el efecto de un bandolero.

— ¿*Seriously?* (¿De veras?)

— Como usted lo oye. ¡Pienso unas cosas acerca de él!... Pero ande usted, ande usted; reunámonos á ellas cuanto antes.

— Pues señor, — murmuraba Mercœur siguiendo á su amigo — este pobre muchacho padece de la misma locura que Edmée... Cada vez que me acuerdo que por poco no me mata porque quise ocupar el puesto del pillo con quien sueña...

Avanzaban difícilmente, abriéndose paso á fuerza de codazos, cuando de pronto, á mitad de su camino, cayó

sobre ellos una especie de torre, ó de catapulta, una masa informe cubierta de lazos, de flores, de insectos, de colorines.

— ¿Otra vez? — gritó Jaffary furioso. — Señora, no hay derecho...

— Una voz aflautada salió del montón de cintajos de colorines.

— Es que... ¿sabe usted? Aun no he podido ver ningún Bajá de Janina, ni ningún Kadjar, ¿sabe usted?

— ¡Pues están en la sala! — afirmó, sin saber lo que decía, el estudiante, dando la vuelta por detrás de la enorme dama. Pero en cuanto pudo deslizar una mirada hacia la gran chimenea, detúvose desalentado.

El hombre del sombrero ancho y los cuatro dominós habían desaparecido.

— Volvamos hacia atrás, — aconsejó el clubman; — por aquí no podemos ir más que á la sala. Seguirlos es exponernos á no encontrarlos en toda la noche, mientras que si regresamos hacia la escalera cabe en lo posible que nos encontremos con nuestras amigas, de las que no deberíamos habernos separado.

Aun cuando Jaffary no participaba de los optimismos de su amigo, creyendo, por el contrario, que el juego al escondite podía prolongarse hasta el alba, siguió al clubman, maldiciendo entre dientes á la inoportuna baronesa Lampessadas.

La entrada de ésta en el baile había ocasionado una verdadera revolución.

No bien hubo llegado al arranque de la escalera principal, cuando frenéticos aplausos acogieron su presencia así como la de Jaime, que aunque parecía ir disfrazado no lo estaba en realidad, habiéndose limitado el sagaz mancebo á vestirse el mismo traje bretón con que hiciera su entrada en París.

La enorme y cándida baronesa aceptaba como moneda de ley los irónicos ditirambos y los falsos complidos con que la agobiaban infinitos jóvenes, desconocidos para ella, que afectaban extasiarse por el buen gusto de su toaleta y por la armónica sencillez de los adornos, exentos de pretensión, que realizaban aquella.

Los brillantes ojuelos de la gruesa dama distribuían miradas de agradecimiento á derecha é izquierda, á través los encajes de la mantilla con que se tocaba, sin perjuicio de buscar arduosamente, entre el sin fin de máscaras y mascarones de toda especie que con ella se codeaban, los dos disfraces que el conde de Corpo-Santo le indicara como probables para ser vestidos por su hijo, aun cuando desgraciadamente para ella, no tenia ni siquiera una idea aproximada de lo que podría ser un Bajá de Janina ó un Kadjar.

Por efecto de esta ignorancia, cada vez que veía un disfraz poco usual, ó nuevo para ella, erale preciso informarse acerca del mismo, valiéndose para ello de los conocidos que hallaba al paso, pues Jaime, su acompañante, era el menos indicado para sacarla de los apuros en que su desconocimiento de la indumentaria propia de Kadjares y Bajáes la colocaba á cada momento.

El tal Jaime no era que digamos un acompañante ideal para una señora. Ya desde el momento de entrar mostróse poco dispuesto á separarse de su paragnas escarlata: y cuando en el vestuario le reclamaron un franco por derechos de custodia de aquel mueble, el hombre se precipitó hacia el mostrador, decidido á saltar por encima de él para romper la cabeza del ladrón que se lo pedía, acompañando su mímica expresiva de tales vociferaciones que á punto estuvo su opulenta compañera de derrumbarse en el suelo desmayada.

Trabajo y no poco costó hacerle comprender que los reglamentos de teatros se han hecho para algo, y que debía abandonar en absoluto la absurda idea de aplicar una sólida corrección al empleado del vestuario.

Como hemos dicho ya, la redonda baronesa, disfrazada de reina de Saba, habiase encontrado por dos veces con Jorge de Mercœur y Jaffary, quienes para quitársela de delante habían contestado las dos veces á las preguntas de la dama que el Bajá de Janina y el Kadjar se hallaban en la sala.

¿Conocéis la fábula de los dos hombres, uno de los cuales corre tras la fortuna mientras que el otro la espera tranquilamente acostado? Pues en el baile de la Opera tiene esa fábula exacta aplicación; nada en efecto tan

difícil como dar en él con una persona á la que se haya perdido de vista el espacio de un segundo.

Es tal, tan inextricable, aquel dédalo de corredores, escaleras, gabinetes, pasillos y salones, que comunican, tras mil vueltas y revueltas con los dos salones de descanso ó con la sala de espectáculos, que lo mejor, para aquel que busca á alguien y no quiere perderse á su vez, es resignarse á abandonar todo trabajo de investigación, cosa de todo punto indispensable cuando el edificio sirve de asilo á unos cuantos millares de locos, como sucede en las noches de baile.

Si la digna esposa de van Bruges, la reina de Saba, hubiese estado un poco menos agitada de lo que estaba habríase dicho que, lógicamente pensando, los dos disfraces que ella buscaba atravesarían por lo menos una vez durante la velada el salón de descanso, y en él habría esperado tranquila á que se produjese el acontecimiento.

Por desgracia para ella no lo pensó así y hubo de precipitarse tumultuosamente en la sala, arrastrando á Jaime tras ella, y aplastando á su paso, según ella misma decía, algunos saltamontes parisienses á quienes su delgadez hacía casi invisibles.

Sin embargo, al llegar al sitio conocido con el nombre de *purgatorio*, hubo de moderar su marcha por efecto de la mucha gente allí apiñada; y en aquel preciso momento, tras una estación en el Café, llegaba asimismo, con ánimo de penetrar en la sala, la cuadrilla compuesta por los criados del marqués Trogoff de Kerbiroet.

La vista de la baronesa regocijó en extremo á todos aquellos domésticos que la conocían de verla en casa de su amo, y todos, animados por el vino espumoso recientemente absorbido se propusieron divertirse á costa suya, excepción hecha del digno Cherry-Cobler, quien como no llevaba careta, juzgó oportuno eclipsarse antes de que le viera su ama.

Pedro, el más alegrillo de todos ellos, sentíase en las mejores disposiciones para amar á todas las mujeres del baile, lo mismo á las delgadas como juncos que á las gordas como balas de algodón. Ardía el hombre, echaba chispas por todos los poros de su cuerpo, y no se encontraba en estado, como es consiguiente, de entregarse á

sutiles distinciones; de ahí que, estusiasmado por el espectáculo de las opulentas redondeces de la baronesa, se aproximara á ella tranquilo, sin precipitarse, para depositar sonoro beso en la masa de carne que desbordaba del corpiño de la ilustre dama, audazmente descotado por detrás y por delante.

— Es usted un impertinente, joven paleta, — dijo ella volviéndose hacia Jaime.

Quedóse éste como quien ve visiones. Como que el pobre, atento á una muchacha vestida de Pierrot que acababa de tomarle del brazo, no había visto la acción de Pedro.

Este fijaba en su víctima esa mirada vaga y estúpida de los beodos.

— ¡Era su espalda! — murmuraba iniciando una sonrisa sin expresión. — ¡Y yo que creía besar el seno de una diosa!

Su franqueza le valió una bofetada de las de cuello vuelto, acompañada de estas palabras:

— ¡Insolente! Ahí va la contestación de la pastora al pastor: ¿sabe usted?

Mientras tanto la muchacha vestida de Pierrot no sólo había deslizado su brazo, cubierto de un guante á peseta y media el par, bajo el brazo del paleta bretón, sino que al mismo tiempo hubo de murmurar en su oído ciertas palabras que impidieron que el hombre se desembarazase de la importuna con su brutalidad acostumbrada.

La Pierrot le había dicho al oído:

— ¡Buenas noches, Jaime de mi corazón!

Miró el joven todo lo que estaba á la vista, esto es, un seno joven y mostrado con audacia, y por encima de él dos ojos de mirada ardiente que parecía atravesar el terciopelo del antifaz.

Jaime no conocía ninguna muchacha, excepción hecha de su Noric, que estaba en el pueblo, en Bretaña. Por eso, aquella que le hablaba no podía ser su Noric, tanto más cuanto que su prometida, más gruesa y menos alta que la máscara, no se habría permitido, y esto lo sabía bien él, presentarse en público con tan poco decente atavío. Tranquilo pues por este lado, y orgulloso al mismo tiempo de oír pronunciar su nombre nada menos que en

París, y en casa tan bien frecuentada como aquella, Jaime suavizó el timbre de su voz para exclamar:

— ¡Como hay Dios que es usted muy maja, la disfrazada!

— ¿Quieres callarte, tunantón? — replicó el Pierrot poniéndole una mano en la boca. — Mira, ¿sabes lo que debes hacer? Pues deja ese fardo que va contigo, porque si no te van á tomar por un criado suyo.

Jaime, orgulloso como un gallo, sintiéndose herido en su dignidad por las palabras de la máscara, se apresuró á soltar el brazo de la baronesa. Verla sola, y precipitarse Pedro en su seguimiento todo fué uno. Y lo primero que hizo fué pisarle la cola de su manto de reina de Saba, no tanto por vengarse del bofetón, como porque llevaba ya más de un cuarto de hora sin desgarrar ningún dominó.

Por su parte Jaime se arrepintió enseguida de su deserción.

— ¡Demonio, ya no me acordaba yo del marqués! — dijo procurando desasirse del Pierrot hembra y de sus compañeros. — Suelta, que he de encontrar su dirección, para eso he venido aquí...

— ¿Qué marqués es ese? — preguntaron en coro los criados.

— El de mi pueblo, ¿cuál ha de ser? ¡Anda ahora éstos!... El marqués Trogoff.

Interrumpióle el Pierrot-hembra.

— ¡Yo te llevaré á su casa, Jaimito!

— ¡Todos, todos te llevaremos, Jaimel! — afirmó el coro.

— Te hablaremos de Noric; — insistió el diabólico Pierrot.

No era Jaime precisamente lo que se llama un caballero, pero algo en su interior decía que obligándose implícitamente á acompañar aquella noche á la baronesa habíase obligado á cumplir un deber. Sin embargo, la última proposición, la de hablarle de su Noric le pareció tan incitante que se dejó tentar, y aprovechando un momento en que muchas máscaras le separaban de la reina de Saba, siguió por fin á sus nuevos compañeros. Durante un momento le pareció al hacerlo que al perder

de vista á la baronesa perdía la esperanza de obtener la deseada dirección del marqués Trogoff; pero ¿acaso no estaba allí su nueva compañera? ¿No se mostraba ésta perfectamente enterada de lo que se refería á su persona, y lo que era aún más sorprendente, á la de Noric, que vivía á más de ciento cincuenta leguas de París? Pues persona tan bien enterada no podía ignorar cosa tan sencilla como la dirección del marqués.

Equivocábase Jaime en su razonamiento. Claudina, el Pierrot-hembra, sabía de Jaime y de Noric tan sólo lo que le dijera Cherry-Cobler por haberlo oído en casa de su señora, la baronesa; y esto era bien poco, por no ser el joven bretón de carácter comunicativo.

Alejóse el alegre grupo entre el torbellino de mascarones y danzantes, en el preciso momento en que Jorge de Mercœur y Jaffary, que no habían renunciado á dar caza á los cuatro dominós, salían del salón de descanso. El estudiante, que hubo de volverse instintivamente, por casualidad, antes de salir, dió un grito que hizo detener á su compañero.

— ¿Qué ocurre? preguntó el clubman.

— Pues ocurre que el diablo en persona está haciendo de las suyas aquí en el baile, ó que yo me he vuelto loco, que también podría ser... Por favor, mire usted hacia allá...

Con el brazo extendido señalaba de nuevo al otro extremo del salón de descanso. Allí, junto á la gran chimenea coronada por un vaso de mármol blanco, en el sitio mismo que acababan de abandonar los cuatro dominós y el hombre del disfraz desconocido, veíase á otro, de la misma estatura, luciendo un rico traje de Bajá de Janina y con la cara casi oculta por un antifaz de color rojo.

— *God by*, ese personaje es un prestidigitador, que se transforma como por arte mágico, — murmuró Jorge.

— Sorprendente, amigo mío, sorprendente. Y sin embargo, sigo creyendo que es el conde.

— La que se va á divertir es la baronesa; hace un momento la enviamos á la sala, y estaba aquí precisamente lo que ella busca... En fin, lo que á nosotros nos importa es reparar en lo posible la imprudencia de la

vizcondesa; con que manos á la obra, y á la caza otra vez. *¡God ahead!*

Deseando evitar la marejada del vestibulo, los dos jóvenes bajaron por una de las escaleras laterales, alcanzando de este modo la sala de baile sin tener que sufrir muchos empujones.

— Dígame usted, amigo mío, — interrogó Jaffary, — usted que entiende de cosas del mundo, del grande y del medio: ¿no le parece á usted que la de Aubinesco ha hecho una tontería, por no decir otra cosa, trayendo á la señorita de Eparville á este baile en el que la virtud corre gran peligro de verse salpicada por el fango del vicio?

— ¡Hum!... No crea usted que es fácil contestar á esa pregunta, amigo Jaffary. También están en el baile Amy y Edmée.

— ¡Ah, sí! pero esas son dueñas de sus acciones, y ya mayores.

— ¿Cómo mayores? Sepa usted, *dear*, que tienen la misma edad que Yvona.

— Quise decir que están emancipadas, por voluntad propia y aun por la del mismo marqués, que las ha educado á la inglesa.

— Excelente educación; *truly!* pero que no es posible darla á todas las muchachas... Y contestando á su pregunta diré á usted que creo sinceramente que la vizcondesa hubiera podido escoger otro baile más decente para divertir á su sobrina y á las señoritas de Kerbiroet. Aunque acá para inter nos, sospecho que no es suya toda la culpa. Tengo así como un presentimiento de que la instigadora de esta escapatoria es ese diablejo de Edmée.

— ¡Ah! — gritó el estudiante. — ¡Allí están!... ¿No ve usted los dominós, á la derecha de la orquesta?

— Yes. Nuestras mujeres están aún con el máscara del sombrero ancho que acabamos de dejar en el salón de descanso disfrazado de Bajá de Janina.

— Amigo Mercœur, ¿quiere usted creerme? Despleguémonos en guerrilla, ó se nos escapan otra vez. Aunque le parezca á usted imposible, sigo creyendo que ese hombre es el conde... Quiero convencerme de si veo ó no visiones.

— *¡All Right!* Tome usted por la derecha, yo iré por la izquierda, y procuremos ambos no perdernos de vista.

Así lo hicieron en efecto.

Jorge de Mercœur comenzó á hendir la multitud con la reputada habilidad de los ingleses que procuran hacer daño para inspirar más respeto y recibir menos achuchones. Sin embargo, una vez rodeado por la muchedumbre no sólo perdió de vista el grupo en que figuraba el hombre del gran sombrero que dominaba por su estatura á las cuatro dominós rosas y azules, sino que dejó de ver asimismo á Jaffary, quien debía navegar de conserva, á poca distancia de él.

Llegaba apenas á la altura del marco inmenso al que se ajusta el telón y que separaba la sala del escenario, cuando preludió la orquesta un can-can, viéndose Jorge en la necesidad absoluta de detenerse. Pretender seguir avanzando mientras durase la danza hubiera sido en efecto una locura. El joven hubo de comprenderlo así, y como no tenía cosa mejor que hacer, fué á ponerse algo al abrigo de los codazos y empellones, colocándose entre dos caballeros de aspecto respetable y edad más que madura, quienes con otros muchos formaban círculo en torno de algunas parejas constituidas por la flor y nata de la moderna coreografía.